

Abiertos al tiempo

Luis Hernández Palacios

CUANDO ACEPTÉ LA INVITACIÓN que me hicieron el doctor Óscar González Cuevas y el ingeniero Alfredo Rosas para hacerme cargo de la Dirección de Difusión Cultural de la UAM, lo hice con una clara identificación de la propuesta central del primero de ellos, a la sazón rector general, de que la universidad debe responder con alternativas útiles a las necesidades del medio social en el cual se inserta. Por ello la difusión de la cultura debe integrar y complementar la investigación en las ciencias y las humanidades, así como la docencia.

Por esos años, segunda mitad de los ochenta, la apreciación de que vivíamos tiempos de cambios, en el país y en el mundo, en todos los órdenes de la vida, era claramente apreciable, lo que implicaba también producir ajustes y orientaciones al quehacer universitario. La convicción de que ingresábamos en una nueva edad cultural en que se mezclaban (y se siguen mezclando) crisis e innovaciones, constituía el entramado de los retos a los que había que responder. “El arte de los grandes navegantes” de que habla Malraux al final de *Las voces del silencio*. Cargado de antinomias que, para el quehacer cultural de la universidad, podrían expresarse sintéticamente en tres vertientes: entre la simplificación y universalización de la visión del mundo y la sabiduría ancestral; entre la herencia de la forma de cultura llamada clásica y la prospección, y entre la superespecialización de la vida profesional y laboral y la necesidad de una visión de conjunto que salvaguardara la posibilidad del hombre de la

contemplación, la admiración y la creación estética. Por eso creía entonces, y sigo creyendo ahora, que a la universidad le corresponde un papel central y articulador, abierta al futuro, a la esperanza y a la creación. Como en el poema “Vents” de Saint John Perse, en el gran remolino la cultura ancestral y la nueva, el pasado y el presente, se funden.

Con esa orientación, tal vez no necesariamente nueva ni original, desarrollamos el quehacer de la Dirección de Difusión Cultural, que fue moldeando la labor editorial y, en particular, a *Casa del Tiempo*. Los matices que se le fueron incorporando deben verse en una perspectiva de contexto, al ampliarse y diversificarse la línea de publicaciones, como la aparición de la colección La Ciudad, en coedición con el INBA, el entonces Departamento del Distrito Federal y la editorial Plaza y Janés. Pero sobre todo del *Periódico de Poesía*, coedición de la UNAM con la UAM, a iniciativa de Marco Antonio Campos.

La cristalización afinada de *Casa del Tiempo* se logró con la incorporación de José María Espinasa como jefe del Departamento Editorial. Pero mucho también aportaron Javier Sicilia, Ernestina Loyo y, en el diseño, Natalia Rojas. Ellos, al lado de quienes colaboraron en las otras áreas de la Dirección, en especial Rodolfo Reyes, no sólo fueron un excelente equipo de trabajo, sino un grupo con una identidad fundada en sueños, vigiliadas, reflexiones y un gran sentido del humor. •